

SER CAUSAL Y SER DONAL: LA PROPUESTA DE LEONARDO POLO SOBRE LA LIBERTAD HUMANA

JUAN A. GARCÍA GONZÁLEZ*

SUMARIO: 1. *El abandono del límite mental y la pluralidad del ser creado.* 2. *Existencia y conocimiento de la existencia.* 3. *El método de la metafísica como indicio del ser libre de la persona.* 4. *El hábito de los primeros principios como hábito entitativo.* 5. *La importante propuesta filosófica de Polo.* 6. *La ampliación trascendental del ser.* 7. *Ser causal y ser donal.* 8. *Donación y aceptación.* 9. *La metalógica de la libertad.*

LA filosofía de Polo proporciona la metodología gnoseológica para conocer con precisión la distinción real de esencia y existencia que, de acuerdo con la metafísica de Tomás de Aquino, distingue a las criaturas del creador.

Al hacerlo, se descubre además el distinto sentido de la existencia natural y la existencia personal; la una es causal y la otra donal. Con ello se amplía el alcance existencial del saber humano, que además de la metafísica abocará ahora a una antropología trascendental.

El calado metódico y temático de la propuesta de Leonardo Polo supone, en mi opinión, una renovación entera de la filosofía al ampliarla, aunque Polo sólo se haya limitado a proponerla. Este trabajo se ordena a indicar las nociones básicas de esa propuesta, para así contribuir a una evaluación profunda por parte de la comunidad científica.

1. EL ABANDONO DEL LÍMITE MENTAL Y LA PLURALIDAD DEL SER CREADO

La metodología que Polo propone para conocer con precisión la distinción real de esencia y existencia en las criaturas es el abandono del límite mental, cuya clave está en detectar ese límite en la presencia o en la actualidad mental, como característica propia de todas nuestras operaciones intelectuales.

Su abandono permite al hombre entender la existencia creada – el *esse* o *actus essendi* que se distingue de la esencia – como actividad supratemporal y no como mera actualidad; frente a la sentencia tomista que dice «*ipsum esse est*

* Universidad de Málaga, Departamento de Filosofía, Campus de Teatinos, 29071 Málaga, España. E-mail: jagarciago@uma.es

actualitas omnium rerum»,¹ Polo propone que la existencia es actividad, no actualidad, que es pensada.

Por eso, una vez abandonado el límite mental inicialmente, es decir, en una primera dimensión, la existencia se advierte en su sentido primero y fundamental: como persistencia superior a la actualidad mental; «la realidad de la secuencia de antes y después», dice Polo, «es la persistencia existencial».² Persistir es seguir de antes a después, tal que – como a este último la secuencia nunca lo alcanza – es un seguir incesante; así es el existir del fundamento, la existencia natural.

Polo entiende esa existencia como un primer principio: el de no contradicción. El incesante seguir impide la aparición de la nada, porque sería contradictorio con el ser que no siguiera y deviniera en nada. La persistencia es un primer principio vigente junto con la originaria Identidad de la existencia, que es otro primer principio distinto: el Creador de la persistencia, Dios. La mutua vigencia de ambos primeros principios es un tercer primer principio que los enlaza: el de causalidad trascendental. La persistencia causa no ya como fundamento de la razón humana, sino en referencia a la Identidad existencial, a Dios; o en tanto que es vigente a su respecto, pues los primeros principios rigen entre sí. La causalidad es así la demostración metafísica de la existencia de Dios a partir de la existencia natural; pero se ubica – nuclearmente – en el tema de la metafísica.

De la dimensión temática de la metafísica se distingue, en cambio, su dimensión metódica. Esta última, por tanto, ya no será causal, sino libre (la causalidad forma parte del tema de la metafísica, no de su método). Para advertir la mutua vigencia de los primeros principios, el hombre ha de abandonar el límite mental, es decir, ha de renunciar libremente a ejercer las operaciones de su inteligencia y a suscitar objetos pensados.

El conocimiento de la existencia creada es superior al operar de la inteligencia, cuyo objeto es la esencia de los seres naturales. Por tanto, remite a la existencia libre de la persona, capaz de coexistir con la realidad extramental, aun privándose del ejercicio de sus operaciones intelectuales. Por tanto, el abandono del límite mental no corresponde a la inteligencia como potencia de la naturaleza humana; sino al *intelecto personal*, que es una propiedad trascendental, convertible con el acto de ser *persona*, es decir, con la libertad y con los otros trascendentales personales.³

¹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae* I, 4, 1 ad 3.

² L. POLO, *El ser I: la existencia extramental*, en *Obras completas de Leonardo Polo* EUNSA, Pamplona 2015- (abrev. OC), v. III, p. 123.

³ La existencia personal es coexistencia, pues demanda alguien con quien coexistir: en último término, la criatura personal con el creador. La persona humana, como coexistente, se abre a la correspondencia ajena. Por eso le son propios unos trascendentales peculiares, que son superiores a los metafísicos: la libertad trascendental, el entender personal y el amar donal.

Eso requiere que haya unos actos de intelección superiores a las operaciones de la inteligencia. Son los hábitos noéticos, no ya los operativos, adquiridos mediante el ejercicio de dichas operaciones, sino especialmente otros innatos o entitativos: hábitos personales, como es el de los primeros principios y luego el de sabiduría. A ellos se adscribe el conocimiento de la existencia – la extramental y luego la personal – que logra el abandono del límite mental.

Renunciar al pensamiento de objetos – por limitado a la presencia mental – para advertir la persistencia supratemporal del ser creado y la mutua vigencia de los primeros principios, es ya entonces un ejercicio de la peculiar actividad de ser que es la existencia libre de la persona. Es decir, el conocimiento de la existencia natural creada (la del fundamento), como distinta de su esencia, es un ejercicio de la existencia libre del ser personal, precisamente en cuanto que distinta de la existencia natural de la criatura extramental.

2. EXISTENCIA Y CONOCIMIENTO DE LA EXISTENCIA

El mismo conocimiento de la existencia extramental permite distinguir el sentido fundamental de la existencia del universo, que carece de ese conocimiento, respecto de la existencia personal, que es capaz de conseguirlo libremente, porque está existencialmente abierta a la existencia extramental: coexiste con ella. Conocer la existencia, ajena y propia, es entonces un saber propio de la libertad del ser personal. Esta libertad quizá se aprecie ya en el hecho de que el hombre puede poner por obra su operatividad intelectual, o bien dejar de hacerlo y abandonar el límite mental.

No se trata sólo de que entre los seres materiales y los espirituales haya una gran diferencia, una diferencia esencial: el conocimiento intelectual de la realidad, como que el universo y el hombre son ambos existentes, pero sólo el hombre lo sabe, pues la metafísica, ciertamente, es un saber exclusivamente humano. Esto es verdad. Pero el universo y el hombre no son sólo dos seres esencialmente diferentes por esa razón, sino que existir no significa lo mismo en ambos. Son seres cuyas existencias son distintas, activas de distinto modo: pues en el uno hay causalidad y en el otro libertad; el uno existe y el otro coexiste. Esto está ya indicado en el método de la metafísica, la cual exige el abandono de la operatividad intelectual.

A partir de esa indicación que nos da el método de la metafísica, este nuevo sentido del existir que Polo añade al ser fundamental (el ser del universo), que es la existencia libre o coexistencia se alcanzará abandonando el límite mental – la presencia – según otra dimensión superior a la primera, a saber, como posesión y mantenimiento del futuro. Es un futuro inagotable porque nunca se desfuturiza,⁴ pues no se torna actual ni se reduce nunca al presente.

⁴ Polo describe la libertad trascendental de la persona humana como «la posesión del futuro no desfuturizable» (L. POLO, *Antropología trascendental*, OC, v. xv; pp. 262 ss.).

En adelante vamos a profundizar en este nuevo sentido del existir que es la coexistencia personal.

En definitiva, según la metodología poliana hay que distinguir la existencia natural, la sola existencia, de la existencia personal, que es libre, y a la que Polo llama “coexistencia”. Ello conduce a entender la antropología no como una filosofía segunda, como una parte de la metafísica, que sería la filosofía primera; sino a ampliarla, añadiendo la antropología como un saber trascendental o existencial. La filosofía poliana del límite mental comporta la ampliación trascendental del saber humano, que no culmina ya en la metafísica, en el conocimiento del sentido fundamental del ser, sino que conduce posteriormente a una antropología trascendental, a alcanzar el sentido personal de la existencia o la coexistencia.

Si la distinción real tomista de esencia y existencia nos permitía distinguir la criatura del Creador, el ser creado del increado, su conocimiento preciso – de acuerdo con la metodología propuesta por Polo – permite además distinguir la existencia fundamental (la del universo físico) de la libre, el acto de ser natural del acto de ser personal.

3. EL MÉTODO DE LA METAFÍSICA COMO INDICIO DEL SER LIBRE DE LA PERSONA

Si el conocimiento de la existencia se lograra con el juicio, el afirmativo y no el predicativo; o bien – al modo kantiano – intensificando la articulación de sensibilidad e inteligencia, cuya muestra podríamos encontrar acaso en la elevación de la estimativa a cogitativa; o también, si el método de la metafísica fuera un proceso mental cualquiera, como la dialéctica o la interrogación, el valor indicativo del método metafísico para conocer la existencia personal se perdería. Sólo si aceptamos el abandono del límite mental, es decir, el abandono de la entera operatividad intelectual, la dimensión metódica de la metafísica se puede ver como un indicio de la libertad del ser personal. Sólo así la ampliación trascendental del ser, la distinción entre la existencia natural y la personal, está indicada en el mismo método de la metafísica.

El conocimiento del ser extramental sería imposible si el ser humano no coexistiera con él, incluso al margen de su obrar, y si no coexistiera con él según esa posesión de futuro con la que Polo caracteriza la libertad personal, lo que permite al hombre – más allá de la presencia o de la actualidad – advertir la secuencia hacia el después, es decir, la persistencia, y su referencia causal a la identidad existencial del Creador.

Con todo, la renuncia al pensamiento de objetos para conocer la existencia extramental supone una cierta alteración de la propia índole activa del ser libre, que de suyo se manifestaría con sus propias acciones, pues *operari sequitur*

esse. Omitir la acción y prescindir de las operaciones mentales es esa *alteración*⁵ requerida para advertir la existencia extramental.

Mediante los hábitos la libertad de la persona llega a la naturaleza. De modo que las acciones hechas desde los hábitos ya no se deben sólo a los principios naturales, sino a la persona, quien, como señaló Tomás de Aquino⁶ parafraseando a Agustín de Hipona, mediante esos hábitos *actúa cuando quiere*, o cuando le parece.⁷ Así lo sentenció Averroes, citado también por el de Aquino: el hábito es «quo quis agit cum voluerit».⁸ Las acciones, entonces, son propiamente obra de las personas, de los seres libres; en cambio, los seres carentes de libertad, dice el Aquinate, «magis aguntur quam agunt»:⁹ más que obrar ellos mismos, son movidos por la naturaleza.

Si el hombre puede abandonar el límite mental, prescindir de sus operaciones intelectuales, igual que también puede alternativamente ejercerlas, este hecho expresa un dominio libre sobre la inteligencia, que es el principio próximo, la facultad natural de que dependen las operaciones intelectuales. Por eso, la primera dimensión del abandono del límite mental (hay otras dimensiones de las que ahora no tratamos) se asimila al hábito innato de los primeros principios. Fecundarlo es el método de la metafísica.

El hábito de los primeros principios remite a la existencia libre del hombre, teniendo en cuenta que dicho hábito no es uno de los operativos, adquiridos mediante el uso de la inteligencia, sino un hábito entitativo de la persona.

4. EL HÁBITO DE LOS PRIMEROS PRINCIPIOS COMO HÁBITO ENTITATIVO

Comprobaremos este punto desarrollando la indicación tomista sobre el hábito de los primeros principios con otro par de observaciones. Así se verá cómo, al ir más allá de la naturaleza del inteligir, se alcanza la existencia libre del ser intelectual y personal, esto es, su libertad trascendental. Las observaciones son las siguientes:

1. Al abandonar el límite mental no sólo disponemos de nuestra inteligencia, como para ejercerla o no, sino que más bien sustituimos el disponer de ella por el destinarla a alguien, o en este caso a algo: a la existencia extramental. Con la primera dimensión del abandono del límite mental, el hombre abre, por tanto, el ámbito de su destinación.

En efecto, el enlace causal de la persistencia extramental con la Identidad

⁵ Cuando Hegel trata de la naturaleza exterior al sujeto cognoscente habla de alienación de la idea «en la forma del ser otro» (G. W. F. HEGEL, *Enciclopedia* §247). La noción poliana de alteración se distingue de la hegeliana de alienación porque no es irracional y arbitraria, sino generosa.

⁶ Tomás de Aquino, *Summa theologiae* I-II, 49, 3, sc.

⁷ El aquinate cita a Agustín de Hipona, *De bono coniugali* 21; ML 40,390.

⁸ El aquinate cita a Averroes, *In III De anima* 18.

⁹ Tomás de Aquino, *De veritate* 12, 3 ad 19.

originaria de la existencia separa a Dios como primer principio. Lo “desmacla”¹⁰ (evita su confusión) de los otros dos primeros principios, es decir, no lo asocia ni lo confunde con ninguno de ellos, pues los otros dos son primeros principios creados. La identidad existencial de Dios, en cambio, es incausada y originaria: queda allende la causalidad y la persistencia.

Por eso, la demostración metafísica de la existencia de Dios es sólo el conocimiento incoativo de su existencia; ya que, separada de los otros dos primeros principios, la Identidad existencial se reserva y se evade del conocimiento metafísico. En ello está su propia índole originaria.

Esa índole comporta su irreductibilidad a la presencia mental humana, pues la presencia mental antecede al ejercicio de nuestras operaciones intelectuales, por cuanto caracteriza todo lo objetivamente pensado, mientras que lo Originario es incompatible con toda anterioridad o antecedencia.

Con todo, *reservada* esa Identidad por ser irreductible a la presencia, nada impide al hombre orientarse a un ulterior conocimiento de ella: Dios es el destino de la persona humana. La Identidad originaria de la existencia permite así la referencia libre, en términos de futuro, del hombre a ella. Es netamente distinta de la referencia causal de la persistencia, que remite a la identidad existencial del Creador tan sólo como a un primer principio.

El intelecto personal puede buscar un conocimiento de la identidad existencial (Dios) mayor que el que permite la metafísica. La identidad originaria de la existencia divina no es sólo un primer principio, como creador que es del universo, sino también el destino de las personas humanas, como creador que también es de cada una de ellas. Esta referencia del hombre a la identidad existencial, a Dios, ya no es causal, sino libre y destinal.

De modo que la destinación libre del hombre se inaugura ya, aunque sólo sea incoativamente, en la advertencia de los primeros principios. Después sobrevendrá el alcanzar la libre coexistencia con la Identidad existencial, según la cual la persona busca la correspondencia: conocer y ser conocido, amar y ser amado. Es decir, busca la aceptación del propio Creador.

2. En esto mismo se ve que hay más aún por considerar. El abandono de las operaciones mentales que exige el método metafísico comporta también el cambio antropológico del aceptar por el dar. El cambio del humano aceptar la propia naturaleza intelectual para usar de ella, ejerciendo las operaciones mentales, por el dar personal que renuncia a actuar para prestar atención a los primeros principios, plegándose a la existencia extramental.

¹⁰ Según Polo, en la filosofía griega «lo característico es la macla del principio de identidad y el de no contradicción» (L. POLO, *Curso de teoría del conocimiento*, v. IV-2ª parte. Eunsa, Pamplona 1984; p. 402), mientras que la filosofía moderna «lleva a involucrar el principio de identidad con el de causalidad» (*Ibidem*, p. 404). Polo también ha tratado de “Las maclas de los primeros principios” en *Nominalismo, idealismo y realismo*, OC, v. XIV; 3ª parte, epígrafe 7.8, pp. 216 ss.

Este dar no aspira a la correspondencia, la cual, en todo caso, los primeros principios – por ser impersonales – serían incapaces de darle. Es un dar, por tanto, que, como no busca la aceptación ajena, renuncia a constituir dones que aportar mediante las propias acciones. Aquí está la justificación antropológica del abandono del límite mental en su primera dimensión.

El saber metafísico viene a ser, así entendido, el obsequio que la persona humana hace a la criatura natural; un obsequio generoso, porque de la existencia fundamental el hombre no puede esperar correspondencia alguna, ya que ésta no es capaz de dársela.

Esta generosidad, con todo, obtiene una cierta recompensa, pues la demostración de la existencia de Dios que logra ratifica la búsqueda personal de aceptación y reconocimiento, lo que demanda la coexistencia personal con la identidad existencial del propio Creador.

En suma, la metafísica, que en su dimensión temática advierte la existencia extramental y distingue entre sí – aunque como mutuamente vigentes – los primeros principios, en su dimensión metódica es la generosidad de la persona humana, que se olvida de sí y renuncia a actuar como una muestra de la liberalidad de su existencia.

¿Tan importante es, entonces, la metafísica y su metódica? Sí, porque:

- sin la advertencia de la existencia extramental, o sin un contacto con la existencia fuera del ámbito de la operatividad humana, ¿cómo descubriría el hombre que no sólo existe, sino que más bien coexiste: que es un coexistente?

- sin esa generosidad señalada, ¿cómo entender el ser donal, dadivoso, de la persona humana?

- si el hombre no es capaz de abrirse hacia fuera de sí mismo, ¿cómo entender que conviene que aporte algo?

- si la persona humana fuera incapaz de olvidarse de sí, ¿cómo buscaría entonces la aceptación ajena?

En la metodología de la metafísica – entendida como Polo nos sugiere – encontramos, pues, una renuncia a lo propio para prestar atención a lo otro, que es muy característica del ser personal y muy indicativa de su ser donal. La antropología trascendental vendrá a desplegar esta indicación.

5. LA IMPORTANTE PROPUESTA FILOSÓFICA DE POLO

Polo ha dicho que su filosofía es sólo una propuesta de libre aceptación. Nada extraño, aparentemente, ni que no convenga en general a todo discurso filosófico y a toda obra humana.

Va dicho en ello, con todo, que no es necesario¹¹ pensar así, tal y como

¹¹ Ciertamente, según Polo, hay una necesidad física, adscrita a la causa final, y hasta una axiomática metafísica que vincula entre sí los primeros principios. Por otro lado, hay también cierta necesidad lógica, de acuerdo con la cual la razón humana va tornando ex-

Polo propone. Es decir, no es necesario detectar en el pensamiento un límite y abandonarlo, de la manera plural en que es posible hacerlo para ampliar el sentido trascendental del ser. Esto es algo que depende de la libertad personal.

La filosofía de Polo es, pues, una propuesta, justamente porque emerge del ser libre de la persona humana, cuya índole es donal, liberal, pues lo propio de la libertad es aportar, dar, ofrecer algo... a la espera de la aceptación ajena. La libertad es coexistencial. Entronca con una tarea en beneficio de alguien; además porque, como dice Polo, «la libertad es incompatible con que exista una sola persona».¹²

En tanto que tarea para la libertad, más que como adecuación a lo ya dado, se entiende «la verdad como inspiración»¹³ de cara a un proyecto hacedero. Esto es algo muy solidario con el carácter de propuesta que la filosofía poliana se atribuye a sí misma, y con la generosidad de la persona que Polo ha descubierto al examinar el método de la metafísica.

Con todo, el hecho de que la filosofía de Polo sea sólo una propuesta libre; y por tanto el hecho de que quien no reconozca el límite del pensamiento, o bien renuncie a abandonarlo, no yerra – estrictamente hablando –, no quiere decir que el abandono del límite mental para ampliar el sentido trascendental del ser no sea – para Polo – algo «perentorio e inexcusable»;¹⁴ y además conveniente, donde «conveniente quizá nombra más que necesario, porque señala algo así como un deber»,¹⁵ como una tarea por hacer.

Lo cierto es que, tomada como oferta de libre aceptación o bien como tarea imprescindible, la propuesta de Polo es importante especialmente por estas dos razones:

1. Porque metodológicamente denuncia en la tradición filosófica precedente la latencia de un límite que matiza los logros de las teorías metafísicas. La teoría, como ejercicio operativo de la inteligencia del hombre, obtiene la verdad intencional. Respecto de ella, la indicación del límite mental no tiene un sentido negativo: la teoría se acepta íntegramente. Pero Polo propone que caben otros conocimientos más altos, *metateóricos*, que son correspondientes a otros actos de intelección superiores a las operaciones, a saber, los hábitos

plícito lo que estaba implícito, hasta conocer el fundamento en el que se basa. De ellas se distingue la *metalógica* de la libertad, requerida por la misma metafísica, para discernir sin macla – sin confusión entre ellos – los primeros principio. Y requerida además por la antropología trascendental que Polo demanda, la que alcanza la propia coexistencia personal. Esta metalógica lo es de la libertad trascendental de la persona: cfr. L. POLO, *Propuesta de una metalógica de la libertad*, en *Antropología trascendental*, cit., pp. 525 ss.

¹² L. POLO, *Quién es el hombre*, OC v. x, p. 205.

¹³ L. POLO, *La persona humana y su crecimiento*, OC, v. XIII, p. 131 ss.

¹⁴ L. POLO, *El acceso al ser*, OC, v. II, p. 246.

¹⁵ L. POLO, *Presente y futuro del hombre*, OC, v. x, p. 342.

noéticos, en especial los hábitos no adquiridos propios de la persona. A expresar esos conocimientos se ordena el abandono del límite mental.

2. Porque temáticamente se anuncia que hay un sentido del ser, el ser libre, que Polo quiere alcanzar a formular más adecuadamente que como se ha logrado en los siglos precedentes del pensamiento humano. Desde luego, la diferencia entre los seres materiales y los espirituales ha sido establecida de modo tajante por la tradición, y muy tenida en cuenta por ella la libertad que caracteriza a las personas. Pero la correspondencia que la actividad libre requiere y persigue quizá no ha llamado tanto la atención, o no se ha considerado en directo de una manera suficiente. Y es esa correspondencia la que distingue – según Polo – el ser personal del natural, los trascendentales antropológicos que Polo señala de los metafísicos. El ser de que se ha ocupado la metafísica hasta ahora, y con toda legitimidad, es el sentido fundamental del ser. Pero a él, y sin rechazarlo, cabe añadir el ‘sentido donal del ser’, que es el ‘sentido coexistencial propio de la libertad’.

6. LA AMPLIACIÓN TRASCENDENTAL DEL SER

El ser es la explicación del acontecer, del aparecer: es el nacer, brotar, surgir; el sentido activo del ser señala la génesis.¹⁶ Tal es la *physis*, el tema con el que la filosofía se inició en Grecia. La filosofía empezó, en efecto, buscando la *arché*: el principio de donde proceden los entes, del que se forman y en el que se resuelven. Después progresó distinguiendo la pluralidad de *archai* predicamentales: las causas que, en su conjunción, forjan la naturaleza de los seres. Y, aún después, la filosofía avanzó más distinguiendo la existencia de la esencia: el acto de ser, que Fabro dice intensivo y emergente,¹⁷ por el que los entes son lo que son y tienen la naturaleza que tienen. Todo ello trata del sentido fundamental del ser, de su sentido natural, principal, causal; de él se ha ocupado la metafísica desde siempre.

Es éste un sentido que, desde el abandono del límite mental, Polo ha formulado como distinción y mutua vigencia de una pluralidad de primeros principios. La pluralidad señala la índole creada de la naturaleza, pues el ser se divide en dos: creado e increado.

Ahora, junto al ser natural, Polo sugiere añadir el ser personal, el ser libre, que es un ser donal, no un ser causal. La actividad donal tanto como un surgir

¹⁶ «Aunque Aristóteles distinguió magistralmente entre *kinesis* (movimiento transitivo), *poiesis* (producción) y *praxis* (acción inmanente), en realidad los filósofos griegos entendían estas actividades como modos diversos de génesis, o sea del *gignomai* (suceder, nacer, devenir o llegar a ser)» (I. FALGUERAS, *Causar, producir, dar*, en *Crisis y renovación de la metafísica*, Universidad, Málaga 1997, p. 29).

¹⁷ Cfr. C. FABRO, *Breve discorso sull'essere*, en *Tomismo e pensiero moderno*, Univ. Lateranense, Roma 1969, p. 370.

o un brotar, es también un resurgir, un rebrotar. Esto afirma Polo: la libertad «no es un brotar, sino un rebrotar».¹⁸ Como señala con precisión: «el amor personal es amar-amar, no amar-amado; ya que aceptar el amor es también amar».¹⁹ Por eso, el amor «no es una relación de una sola dirección, sino recíproca, y comporta un renacer».²⁰

Ciertamente la existencia personal, el ser libre del hombre, es un don recibido, ya que la persona humana es también creada. Pero el don, cuando es aceptado, es fecundo, y se muda en dar: para corresponder al don recibido... actuando, aportando los propios dones que ofrecer. De modo que la actividad donal más que brotar rebrota: del don aceptado hacia la donación que busca también una aceptación. A su vez – por ser donal –, la actividad libre del hombre apela a su aceptación. De manera que la cadena global del ser donal es reiterativa, pues rebrota, renace: don recibido – aceptación personal, y luego corresponder dando – constitución del don aportado – aceptación ajena.

Dar es ciertamente un sentido del ser, por cuanto también justifica el acontecer, el aparecer, como un brotar, surgir, nacer: la génesis de algo, pero ahora en términos de libertad,²¹ es decir, como un rebrotar o un renacer desde la persona. Son términos distintos de los propios del ser causal, por los que la causa hace surgir un efecto de acuerdo con su propia naturaleza.

Distinguimos, por tanto, dos modos del ser o de la génesis: causar y dar. Paralelamente, ya Tomás de Aquino encontró dos maneras distintas de actuar: «agens a natura et agens a voluntate».²² De ellas se sirvió para distinguir dos sentido del proceder, con los que intentó hacer comprensible la Trinidad de personas en la única esencia divina: la procedencia según naturaleza y la que acontece según voluntad. Por la naturaleza intelectual del Ser divino, el Hijo procede del Padre por modo de generación; y por el mutuo amor volitivo que ambos se tienen, de ellos procede el Espíritu por espiración.²³

Pero como la originaria identidad divina es esencialmente una, pues en ella naturaleza y voluntad no se distinguen («in Deo idem est voluntas et natura»)²⁴, cabe pensar – como dice Polo – que en su única esencia «Dios no es *causa sui*, pero en cambio sí es *donum sui*»;²⁵ dar mejor que causar, sobre todo si hablamos de la plenitud de la existencia, que ha de ser personal. Máxime

¹⁸ L. POLO, *Persona y libertad*, Eunsa, Pamplona 2007, p. 177.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ L. POLO, *Antropología trascendental*, cit., p. 79.

²¹ Cfr. I. FALGUERAS, *El dar, actividad plena de la libertad trascendental*, «Studia Poliana», 15 (2013), pp. 69-108.

²² Tomás de Aquino, *In 1 Sent.* d 10, q 1, a 5 c.

²³ «Agens dividitur in agens a natura et agens a voluntate, et istae actiones inventae a creaturis reducuntur, ut in causam et exemplar, in duas processiones in divinis, quarum una est per modum naturae et vocatur generatio, et alia per modum voluntatis et vocatur spiratio» (Tomás De Aquino, *In 1 Sent.* d 10, q 1, a 5 c.).

²⁴ Tomás de Aquino, *In 1 Sent.* d 10, q 1, a 1 ad 2.

²⁵ L. POLO, *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, OC, v. XIII, p. 225.

porque la estructura donal, según Polo, es ternaria: dar-aceptar-don, lo que permite distinguir la Trinidad de personas en la unidad del Ser divino.

En el hombre dar y aceptar son personales, pues la persona humana acepta y da, pero el don no lo es, sino que es operativo, de orden esencial; según observa Polo, «como nosotros no somos capaces de don personal, tenemos que vehicular el dar personal a través de nuestra esencia»,²⁶ para constituir los dones que ofrecer y aportar. En cambio, señala Polo, «la transcendencia de Dios se vislumbra en la línea de la subsistencia del don»:²⁷ el don divino es persona.

7. SER CAUSAL Y SER DONAL

Las diferencias entre el surgir por naturaleza, el nacer, y el brotar a partir de la libertad, que hemos dicho un renacer, son al menos éstas:

1. Primero y ante todo, causa y efecto se exigen mutuamente. Ni hay efecto sin causa, ni la causa es tal sin el efecto. En cambio, el dar puede alterar su propia índole y no constituir un don, es decir, desistir de hacerlo, renunciar generosamente a él de cara al ser del universo. Por eso, según lo dicho acerca de la metodología de la metafísica, este saber es una respuesta del hombre al ser extramental tal que lo deja estar, sin intervenir en él. Es un dar que renuncia a constituir ningún don propio, para ceñirse – sin añadir nada – a advertir la persistencia de los seres y la referencia causal al Creador del persistir creado. La existencia natural es un don creado que no requiere aceptación alguna, y al que, por tanto, sería vano otorgar dones, pues le resultarían ajenos, porque es incapaz de corresponder a ellos.

2. La segunda diferencia entre causar y dar viene dada por la contraposición entre los términos necesario y determinado, propios de la causalidad, y los de posible e indeterminado, que se atribuyen más bien a la libertad. Causa y efecto se vinculan más o menos necesariamente, y más o menos determinadamente; mientras que desde la libertad son posibles muchas y diversas actuaciones, con entera indeterminación de las mismas.

Con todo, la ontología modal surgida ya en la Baja Edad Media atribuyó a la libertad divina una potencia absoluta, ni siquiera ordenada por la razón, y exploró esa vía hasta que Leibniz convirtió la entera posibilidad en necesidad, al formular su argumento ontológico. Ello acentuó los grandes problemas de la reforma luterana acerca de la libertad humana. La noción de libertad como fundamento sin fundamento, como indeterminación originaria de la que surgen las determinaciones, fue ya usada por Böhme y luego por Hegel como

²⁶ L. POLO, *Antropología trascendental*, cit., p. 253.

²⁷ Y sigue así: «el hombre no puede conferir carácter personal al don, por lo cual, Dios ha de ratificar los dones humanos, que son esenciales. Por eso se habla de juicio divino. Si el don humano fuera trascendental, el juicio divino no existiría» (L. POLO, *Antropología trascendental*, cit., p. 259, nt. 22).

punto de partida para entender la autogeneración divina.²⁸ Schelling la trasladó a la libertad humana en un famoso escrito²⁹ comentado el siglo pasado por Heidegger,³⁰ hasta que, en esa línea, Sartre advirtió el absurdo de la libertad que se ejerce negando su propia índole, determinándose al elegir para sí misma, cuando ella en sí misma es indeterminada.³¹

Posibilidad y necesidad, determinación e indeterminación son términos algo confusos para distinguir naturaleza y libertad. Con ellos no se acertó a comprender adecuadamente la especificidad de la libertad humana.

En el fondo ocurre que el orden causal no está enteramente determinado ni es completamente necesario. No son privativas de la libertad las nociones de posibilidad e indeterminación. En el extremo de esta consideración, lo más parecido a la libertad en el orden causal es el azar, porque el azar es la dependencia exclusiva de la causa final. Cuando otras causas (material, eficiente o formal) concausan con el fin, el efecto es más o menos predecible desde ellas, está condicionado por ellas, o está predeterminado por esas otras causas concurrentes; en cambio, cuando ocurren sucesos únicamente en orden a la posterioridad, cuando aparecen sin antecedentes que influyan en su acontecer, es decir, sólo ordenados al fin o a la continuación de la existencia, entonces decimos que son sucesos azarosos e imprevisibles. Pues justamente eso, el depender únicamente de la posterioridad, es lo que más se asimila a la posesión del futuro propia de la libertad.

Por tanto, de lo que se trata más bien es de contraponer lo antecedido o anticipado por alguna anterioridad, a lo sobrevenido, que es exclusivamente medido por el futuro; lo predispuesto a lo sorpresivo; lo motivado a lo gratuito; lo ya preparado a lo enteramente nuevo. El don que la libertad aporta es completamente imprevisto, inderivable y gratuito³² porque es personal.

La acción causal, más o menos determinada o necesaria, se distingue de la acción libre y donal porque ésta permite la entera novedad propia de la persona,³³ y con la que ella se manifiesta libremente, de modo gratuito y original.

²⁸ Hegel comenta en sus *Lecciones sobre la historia de la filosofía* (trad. W. Roces. FCE, México 1981; v. III; pp. 239-40) la idea de Dios Padre, que Böhme expone en su *Aurora*, como una *totalidad*, que «es la fuerza general en su conjunto», y en cuyo seno «se borran y aúnan todas las diferencias».

²⁹ F. W. J. SCHELLING, *Investigaciones filosóficas sobre la esencia de la libertad humana y los objetos con ella relacionados*, trad. H. Cortés-A. Leyte, Anthropos, Barcelona 1989.

³⁰ M. HEIDEGGER, *Schellings Abhandlung über das Wesen der menschlichen Freiheit*, Max Niemeyer, Tübinga 1971.

³¹ Cfr. J.-P. SARTRE, *El ser y la nada (ensayo de ontología fenomenológica)*, trad. J. Valmar, Lo-sada, Buenos Aires 1966; pp. 61-5.

³² «Gratuidad significa ante todo lo contrario de necesidad» (I. FALGUERAS, *Causar, producir, dar*, cit., p. 62).

³³ Polo describe también la libertad trascendental de la persona humana como «novedad situada en la historia» (L. POLO, *Antropología trascendental*, cit., p. 273).

Una persona, por ejemplo, muestra su amor – o su enfado, o su pensamiento, etc. – de un modo, y otra de otro, cada uno con entera libertad. No ocurre así con las causas, que actúan siempre de modo previsible, aunque en ocasiones complejo, de acuerdo con su propia naturaleza.

3. Una tercera diferencia entre causar y dar está en la interioridad, propia del espíritu, que caracteriza al ser libre y de la que carece la causalidad. En virtud de ella la persona puede ratificar o rectificar la acción realizada, y puede exigirse más por sentirse insatisfecha con ella,³⁴ como el artista que repite una y otra vez el boceto de su obra, por considerarlo imperfecto. En cambio, ninguna causa se siente insatisfecha con su efecto, porque carece de esa interioridad valorativa – a la postre, la intimidad propia de la persona – que le permitiría juzgarlo. Como escribe Polo: «ninguna causa es la actividad interna de un acto ni es capaz de no contentarse con su efecto».³⁵

4. La cuarta diferencia que se nos ocurre considerar entre el ser causal y el ser donal es el destinatario de la acción. Las causas actúan aunque nadie demande su efecto, así como el pájaro canta aun sin nadie que le oiga, y el sol calienta aunque nadie quiera ese calor. En cambio, la persona no actúa sin el destinatario cuya aceptación busca: no puede vender si nadie compra, ni es lógico que hable cuando nadie le escucha.

Estas dos últimas diferencias, según el autor y el destinatario de la donación, sirven para precisar la distinción entre causar y dar. Entrambos piden no entender la acción libre como acción causal, sino en sentido donal, pues el autor da y el destinatario acepta. Aquí aparece la estructura dual, coexistencial y donal del ser personal. La libertad, con sentido donal, es la actividad de un coexistente que aspira a la correspondencia ajena: es un dar que busca aceptación.

En cambio, la acción práctica del hombre puede entenderse – hasta cierto punto – en sentido causal, en la medida en que el producto puede considerarse como un efecto suyo. El hombre dispone de acciones capaces de producir conductas y artefactos. Pero esta consideración de la libertad, que atiende a aquella dimensión suya según la cual se extiende hasta la naturaleza humana y desde ella al universo físico – consideración que la toma como causa productiva – es muy parcial, y se queda en la semejanza entre causar y producir, ignorando el dar.³⁶

La consideración productiva de la acción libre es parcial, sobre todo, porque prescinde de la persona que actúa, cuya intimidad queda reducida a ser la cau-

³⁴ De ahí que el hombre sea inconformista, cfr. J. F. SELLÉS, *Antropología para inconformes*, Rialp, Madrid 2006.

³⁵ L. POLO, *Antropología trascendental*, cit., p. 525, nt. 311.

³⁶ Cfr. I. FALGUERAS, *Causar, producir, dar*, cit. Producir se distingue de causar y de dar; pero – además – la acción productiva se distingue también de la acción directiva: cfr. C. LLANO-L. POLO, *Antropología de la acción directiva*, AEDOS, Madrid 1997.

sa que funda la acción, y prescinde también del destinatario, el cual desborda la noción de causa final y apunta a la existencia personal como coexistencia y a su sentido destinal.

Atendamos ante todo al actor, escribe Polo: es preciso encontrar en el hombre la raíz de su capacidad de dar. El principio de la dación ha de ser más radical que la inmanencia, e incluso que la virtud. Es lo que se llama intimidad. Esto determina estrictamente la noción de persona. El hombre es un ser personal porque es capaz de dar. Desde la persona, dar significa aportar.³⁷

8. DONACIÓN Y ACEPTACIÓN

Consideremos además el destinatario de la acción, que en último término es el Creador de la persona, con quien, en definitiva y radicalmente, la persona creada coexiste. La acción donal encuentra su sentido en la ulterior aceptación, la cual la distingue, una vez más, de la acción causal.

Si la creación es libre, ha de tener también un sentido donal y personal. Polo sugiere completar el sentido causal, productivo, de la creación, *productio ex nihilo*, con su sentido donal: *donatio essendi*; «la creación no es una producción, sino en tanto que *donatio essendi*. Dios da. Dar es más que hacer».³⁸

Esto es así también porque la criatura, tanto como *ex nihilo*, es *ad extra* respecto del Creador, quien le ha dado el ser. Y como «la criatura se distingue más de Dios que de la nada»,³⁹ debe primar esta segunda consideración de la creación; máxime cuando, según Polo, la criatura se distingue de la nada sólo a fin de ser creada, es decir, para así distinguirse de Dios.⁴⁰

Entonces la creación del ser natural, causal, considerada donalmente, es la donación por parte del Creador de una actividad existencial que no requiere aceptación. Así lo dice Polo: «como la persistencia no es un acto de ser subsistente, rige el primer principio de causalidad: don creado cuya vigencia no requiere aceptación».⁴¹

Paralelamente, la metafísica – ya lo hemos dicho – muestra la generosidad de la persona humana, la cual, olvidada de sí, altera la índole propia de su ser: renuncia a actuar, a aportar sus propios dones, para prestar atención a los primeros principios, sin añadir nada ni esperar correspondencia alguna de ellos. De aquí la importancia de la metodología de la metafísica, pues el apreciar en el hábito de los primeros principios la coexistencia libre del hombre con el ser extramental, lo que implica la generosidad de la persona, permite alcanzar la

³⁷ L. POLO, *La originalidad de la concepción cristiana de la existencia*, cit., p. 250.

³⁸ *Ibidem*, p. 225.

³⁹ L. POLO, *Antropología trascendental*, cit., p. 153.

⁴⁰ «Se habla de nada en tanto que la criatura se distingue de Dios» (*ibidem*, p. 153); «Dios “se ocupa” de la nada para crear lo que se distingue más de él que de nada» (*ibidem*, p. 156, nt 57); «si la criatura no se distingue de la nada, no se distingue de Dios» (*ibidem*, p. 157, nt 58).

⁴¹ *Ibidem*, p. 515, nt. 292.

ampliación trascendental del ser, que añade a su sentido fundamental el nuevo sentido donal de la existencia.

Si la causalidad es un don que no requiere aceptación, en cambio, la vigencia de la persona humana respecto de Dios, señala Polo, es la aceptación del don trocada en búsqueda de aceptación: es la vigencia co-existencial. Si tal vigencia dejara de aceptarse la persona se condenaría.⁴² Esa condenación es la soledad, el aislamiento de la persona creada respecto del Creador: la tragedia y el sinsentido del coexistir. Como el acto personal de ser – libre, donal – es subsistente, no se aniquila con la no-aceptación, sino que se aísla trágicamente, con lo que acontece la desolación.

En el ser natural no cabe lo contradictorio, no existe la nada, pues la existencia creada es el primer principio de no contradicción, la persistencia del ser que impide que aparezca la nada. Pero en el ser personal sí cabe lo absurdo, el sin sentido, que se produce si la persona creada se aísla, por no ser aceptado su don por el Creador; es entonces un coexistir solitario, sin “con”: un dislate ininteligible por completo.

El requerimiento de aceptación, en suma, distingue al ser donal del ser causal. Como el ser libre de la persona humana es creado, su ser donal está orlado por la aceptación. Nace de ella y a ella se destina. Dicho por Polo: «el amar se destina a la aceptación, y sin ella no nace».⁴³ ¿Se puede decir, insiste Polo, que hay don si nadie lo acepta? No.⁴⁴ La falta de aceptación anula el don.⁴⁵

9. LA METALÓGICA DE LA LIBERTAD

De acuerdo con la índole donal del ser personal, con la estructura de donación y aceptación, Polo ha formulado una *metalógica* de la libertad en la que

⁴² *Ibidem*.

⁴³ L. POLO, *El descubrimiento de Dios desde el hombre*, «Studia Poliana» 1 (1999), p. 24. Y dice también allí: «el amar personal es el aceptar que se destina a ser aceptado por el aceptar divino».

⁴⁴ «Por eso el don es un ser-con; el don es “con” la aceptación y la aceptación es “con” el don» (L. POLO, *Persona y libertad*, cit., p. 177).

⁴⁵ La tesis de Polo al respecto es severa: «el querer humano es aniquilable si la correspondencia falta» (L. POLO, *Antropología trascendental*, cit., p. 522). Así glosa una sentencia tomista que dice que, sin correspondencia, «oportet dilectionem dissolvi» (Tomás de Aquino, *Contra gentes* III, 151); es decir, sin correspondencia, hay que anular, deshacer, destruir el amor. La glosa de Polo es que «un amor no correspondido es monstruoso, por tanto hablando en absoluto no existe» (L. POLO, *Antropología trascendental*, cit., p. 78). Y Polo sigue diciendo: «si la correspondencia se hiciera imposible, habría que matar el amor» (L. POLO, *Antropología trascendental*, cit., p. 79). «Para los clásicos», insiste Polo, «el mal es privación. Pero si el planteamiento se apoya en la libertad, la oposición es de mayor calado, a saber, con la inmortalidad» (L. POLO, *Antropología trascendental*, cit., p. 522, nt 305), es decir, con la aniquilación de la vida; de tal manera que «al no ser fiel, el querer-yo, la acción voluntaria, se opone a su inmortalidad» (L. POLO, *Antropología trascendental*, cit., p. 522).

distingue cuatro fases, que se corresponden con dos retiradas de la libertad personal.

1. Ante todo está el don creado, promotor, que es la libertad que Dios ha otorgado al hombre. Esta fase, dice Polo, es «pre-temática en esta vida»,⁴⁶ es decir, no la conocemos. No conocemos en esta vida el alcance de nuestra propia libertad. Su conocimiento será más bien la culminación futura de la libertad humana. La plenitud de la libertad creada es el conocimiento de su propio ser creado, que comporta el conocimiento del propio Creador. En él alcanzará la persona la correspondencia que demanda, a saber, el conocer como es conocida por su Creador al ser aceptado su don por él. Esto permite, por otra parte, la elevación gratuita que, como una segunda creación, creemos que el hombre ha recibido, cuando Dios se le ha revelado no ya como Creador, sino tal y como es.

2. Segunda fase: la aceptación por parte del hombre del don recibido, que se manifiesta en el ejercicio de las acciones propias del hombre, cuando usa dócilmente de su propia naturaleza para obrar.

3. Tercera fase: el dar prescindiendo de la aceptación, a lo que Polo llama la generosidad de la persona. Aquí se ubica el método de la metafísica al que hemos aludido: el hábito de los primeros principios, como obsequio de la persona a la criatura extramental.

4. Cuarta fase: la búsqueda de aceptación, lo que requiere constituir los dones que aportar. Pues – como ya hemos dicho – la aceptación y donación en el hombre son personales, pero no su don: el hombre ha de manifestarse mediante su esencia, disponiendo de su propia naturaleza, para constituir operativamente el don que complete la estructura donal de su ser personal. Al constituir los dones que va a ofrecer, la libertad personal busca la correspondencia que como coexistente demanda.

Es propio de la libertad personal buscar la aceptación. Pero puede retirarse de esa búsqueda y conformarse con el dar que prescinde de la aceptación, renunciando a constituir don alguno. Y también puede retirarse del dar generoso y limitarse a aceptar la propia naturaleza para usar de ella. Pero lo más propio del ser personal es el crecimiento, el ir a más, es decir, el no satisfacerse con esas retiradas.

La propuesta filosófica de Polo, en suma, amplía la metafísica clásica del ser, de los principios predicamentales y los primeros principios, con esta metalógica de la libertad que es propia del ser personal: junto al ser causal, el añadido del ser donal. Empero, salvo ajustes derivados de tal ampliación, Polo respeta íntegramente la tradición metafísica. La libertad se añade al ser fundamental sin colisionar ni competir con él. Incluso puede decirse que

⁴⁶ L. POLO, *Antropología trascendental*, cit., p. 525.

«desde el dar se entiende mejor la verdadera naturaleza y sentido del causar y del producir». ⁴⁷

ABSTRACT: *Starting from the so-called 'abandonment of the mental limit', Polo's metaphysics opens to anthropology. To be is understood as a deep act that explains the appearance of things, in the sense of generating, being born, emerging, springing. This is the 'activity' (act) through which things are what they are. There are two ways of emerging or arising, one according to nature, the other one according to the will. Nature is a causal genesis. Free will implies coming out in the sense of donation. The capital difference between both is the addressee, in the case of the second sense, since without the addressee there can be no donation. Thus, personal freedom surpasses monism. A unique person has no sense. To whom should he give his work and deeds?*

KEYWORDS: *Freedom, Metaphysics, Causality, Donation.*

⁴⁷ I. FALGUERAS, *Causar, producir, dar*, cit., p. 69.